

EL SIS-
-TEMA
BOUGI-
BAL =



POR RAUL
MONTERO
BUSTA-
MANTE



AYA usted mañana a mi clínica; verá cosas interesantes, — me dijo Bougibal cuando nos despedimos, después de la ejecución de aquel angustioso concierto de Sivry, que se había empeñado en hacerme oír.

— Pero ¿es usted médico?

— Vaya usted; vaya usted: no es necesario ser médico para curar enfermos; ya ve usted como esta simple audición le ha hecho bien. Mañana le espero... — Y senti la presión de la mano blanca y fría de aquel pérfido *snoob* a quien yo consideraba como un brujo de opereta, a pesar de la misteriosa leyenda de su vida.

Bougibal habitaba en un barrio apartado un antiguo edificio de sencilla arquitectura, con altas ventanas ojivales que caían sobre un pequeño jardín. Llamé, y un hombre, en el que advertí cierto automatismo de movimientos, me condujo hasta una habitación de paredes blancas y desnudas, circundada por una banqueta corrida. Una serie de extrañas figuras humanas se alineaban contra la pared. Por una puerta abierta se veía una segunda sala igualmente dispuesta y decorada con los mismos personajes fantásticos.

La clínica de Bougibal era realmente extraordinaria. No sé donde reclutaba su clientela, pero la verdad es que allí se habían dado cita todos esos seres que muchas veces vemos cruzar por las calles sin darnos cuenta de si son hombres o espectros. Cuando entré nadie se movió, ni alzó los ojos para mirarme. Todos permanecieron en la misma actitud con la mirada clavada en el vacío, inmóviles y tristes. Todos aquellos seres no estaban muertos por que yo los vía pestañear y respirar, pero como si estuvieran absortos, nadie se movía ni reparaba en el vecino. El público que frecuenta la antesala de los médicos es nervioso e impaciente; se agita sin cesar, huronea los rincones, mira los cuadros, hojea los periódicos, se pasea inquieto sin perder de vista la puerta detrás de la cual está el alivio y la salud. Esta extraña clientela de Bougibal parecía no esperar nada; a intervalos, que calculé exactos, uno de los extraños seres se incorporaba silenciosamente y se dirigía como un sonámbulo hacia la puerta del fondo detrás de la cual desaparecía.

No me atreví a sentarme entre aquellos fantasmas y permanecí de pie, sorprendido y temeroso. Cuando un buen número de los clientes de Bougibal desapareció detrás de la puerta del fondo, me dirigí hacia ella y abrí.

— ¡Ah! es usted — dijo Bougibal viniendo a mi encuentro y estrechándome la mano. Miré la habitación donde nos hallábamos y quedé sorprendido. Era una pequeña sala de paredes altas y desnudas, pintadas de blanco: no había en la habitación más mueble que la banqueta corrida que ya había visto en las otras salas. Una alta ventana circular dejaba pasar una luz vaga y opalescente.

— Encuentra usted extraña mi clínica y más extraños aún a mis clientes, — agregó sonriendo vagamente. — Ya ve usted, — dijo dirigiendo una mirada circular a la habitación, — nada de lo que supone la gente, ni templo, ni dioses, ni ritual, ni siquiera un modesto laboratorio de alquimia o una cámara negra para fraguar hechicerías. Esto es todo; conpongamos en que las gentes suelen hablar más de lo que deben. — Y cogiéndome del brazo me hizo sentar a su lado en la banqueta.

— Todo esto es bastante raro, Bougibal; le confieso a usted que me parece estar soñando.

— Nada de esto es raro, amigo mío; por el contrario, jamás la ciencia ha alcanzado mayor simplicidad ni sencillez. No hallará usted en mi «clínica de enfermedades nerviosas» más que estas cuatro paredes desnudas, este pequeño asiento y a Bougibal y sus clientes. Por lo demás, mi sistema curativo es muy sencillo; ¿recuerda usted el famoso método del doctor Föe? Pues, creo que mi sistema es superior al «método de la dulzura». Todos estos desgraciados que usted ha visto en las salas, como usted lo habrá supuesto antes que yo se lo diga, tienen el espíritu enfermo. Sin embargo; no verá usted en ninguno de ellos ni un arrebató, ni un impulso, de esos tan frecuentes en estas enfermedades. Mi procedimiento, que conceptúo un sistema absolutamente natural y al alcance de todo el mundo, no es nada complicada. En el fondo, consiste en sugerir a los enfermos la idea y la sensación de que están muertos; no le aconsejo que convenza de lo contrario a ninguno de los que usted ha visto en las salas; sería pueril. La auto-sugestión obra milagros: el cerebro concluye por morir realmente y toda la vida de relación queda reducida a simples fenómenos, reflejos que yo me encargo de estimular diariamente. Porque mire usted que es todo un pueblo el que a diario desfila por mi clínica; ya no admito más clientes; con los que tengo me basta y sobra para mis experimentos. Como usted ve, mi sistema consiste en «matar» la personalidad aboliendo las funciones de relación. El sujeto que se cree muerto llega a estarlo en realidad para la vida psíquica y aún para la fisiológica a veces, Y sabe usted que en la muerte, que es la naturaleza en estado neutro por así decirlo, no existe la enfermedad porque no existe la salud tampoco y nada puede existir sin su oposición consiguiente. La muerte aparente, consiguiente, pues, neutralizar la enfermedad y volver la naturaleza al punto inicial de la vida. Cuando obtengo este resultado, que es siempre, sólo me resta volver al «muerto» a la vida poco a poco. Durante el despertar, que es muy dulce y muy lento, pues a veces dura un mes, las células se van integrando normalmente: es un proceso interesantísimo a través del cual la personalidad reaparece en toda su integridad primitiva. Mire usted, aquí llega un convaleciente.

En efecto, un hombre joven penetró en la sala. Su rostro algo marchito expresa serenidad y en sus ojos brillaba una diminuta llama de alegría. Se detuvo frente a Bougibal y pronunció con voz torpe algunas palabras acompañadas de ademanes infantiles.

Yo me levanté para marcharme — ¿Se va? No lo olvide usted; si usted desea curar su neurastenia, confíe en mí.

— ¿Y usted me lo propone, Bougibal?

— ¡Oh! Haga usted lo que quiera, yo no soy capaz de obligar a usted a hacer lo que no desea — me replicó clavando en los míos la mirada de sus ojos acorados e intensos que me produjo una vaga sensación de dolor físico.

— Lo pensaré — añadí despidiéndome de Bougibal, en cuyos labios adiviné una pérfida sonrisa. Pero lo cierto es que no se me ha vuelto a ocurrir tentar la curación por medio del «Sistema Bougibal».

RAUL MONTERO BUSTAMANTE.

